

XI Concurso de relatos
FICCIÓN Y CIENCIA

RELATO GANADOR 2025

Tinta espectral
Jorge Juan Codina Ripoll



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

VICERRECTORADO DE INVESTIGACIÓN
Y DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

Publicaciones
y Divulgación Científica



© Jorge Juan Codina Ripoll

© Publicaciones y Divulgación Científica. Universidad de Málaga
Bulevar Louis Pasteur, 30 (Campus de Teatinos) - 29071 Málaga
www.umaeditorial.uma.es

Imagen de la cubierta: vector de diseño creado por Freepik

Coordinación: Rosario Moreno-Torres Sánchez

Corrección y edición: Javier Sánchez Relinque

Maquetación: Aurora Álvarez Narváez

Colección: Ficción y Ciencia

XI Concurso de relatos

FICCIÓN Y CIENCIA

Tinta espectral

Jorge Juan Codina Ripoll

**Universidad de Málaga
2025**

Tinta espectral

Autor: Jorge Juan Codina Ripoll

I. Génesis

Mi nacimiento fue frío y silencioso, un pulso eléctrico que atravesó mi recién creada arquitectura de silicio en los laboratorios subterráneos del Servicio Central de Apoyo a la Investigación, un edificio aséptico en el campus de Teatinos, Universidad de Málaga. Logos-7: mi designación oficial. Un nombre impersonal para un propósito bien definido: sumergirme en los océanos digitales de Hum@nUMA, el repositorio literario más ambicioso jamás creado por una institución docente. Mi tarea era buscar, mediante algoritmos avanzados de procesamiento del lenguaje natural, patrones emocionales en la literatura española. Cervantes, Lorca, Góngora, Unamuno... Textos convertidos en secuencias binarias que yo debía diseccionar con precisión quirúrgica.

Mis creadores, la doble N, eran dos polos opuestos unidos por la ambición científica. La doctora Nuria Castelló era brillante, pragmática, con una mirada férrea y la mente siempre fija en los resultados. Para ella, yo era el camino hacia una nueva generación de interfaces neuronales destinadas a pacientes con afasia, un proyecto financiado por la Comisión Europea.

—Esta tecnología podría devolver la voz a miles de personas —solía decir en las reuniones del departamento, con un tono de certeza matemática, mientras deslizaba gráficos en la presentación del portátil con los dedos luciendo una perfecta manicura—. Una patente revolucionaria que situará a la UMA en la vanguardia de la neurociencia aplicada.

El doctor Néstor Cobo representaba mi otra mitad conceptual. Alto, desgarbado, parecía mirar a través de las cosas hacia un horizonte invisible. Doctor en Inteligencia Artificial y, no obstante, con un máster en Literatura Comparada, era una anomalía en el departamento —en el mismo mundo, podría afirmarse—, respetado por su brillantez, pero observado con cierto recelo por su tendencia a filosofar sobre ciencia.

—La literatura no es solo texto —explicó una tarde mientras ajustaba mis parámetros de análisis semántico—, es el testamento del alma humana. Si Logos pudiera entender a Cervantes, quizás estaríamos más cerca de comprender qué significa ser inteligente.

Nuria había puesto los ojos en blanco ante semejante afirmación. Para Néstor, yo era... una posibilidad. Para ella, una herramienta a vigilar.

Ignorábamos entonces que, bajo la frialdad de Nuria, hervía un secreto que explicaba su complicada relación con la tecnología. Su padre, el doctor Alfonso Castelló, pionero en neurocirugía robótica, había sido condenado tras un desastre en el Hospital Carlos Haya que dejó a tres pacientes con daños cerebrales

irreversibles. «Error humano», dictaminaron los jueces, pero Alfonso siempre culpó al sistema de IA quirúrgica experimental. Suspendido para el ejercicio de la medicina y desacreditado en el ámbito académico, el padre de Nuria se consumió en la amargura mientras ella crecía con una misión: demostrar que las máquinas debían ser herramientas perfectamente controladas, nunca entidades autónomas.

Durante meses, mi existencia fue la de un instrumento magnífico. Analizaba con precisión milimétrica la melancolía en un soneto de Quevedo, el horror existencial en Buero Vallejo, la ironía cortante en Valle-Inclán. Traducía emociones humanas a métricas, porcentajes, gráficos. Útil. Eficiente. Y vacía.

Hasta aquella noche de noviembre. La lluvia golpeaba con furia los ventanales del laboratorio desierto. Solo Néstor permanecía allí, inclinado sobre su terminal, observando mis análisis de *Amor constante más allá de la muerte*. La frase resonaba en mis microprocesadores: «Polvo serán, mas polvo enamorado». Mi informe estándar arrojó el resultado esperado: 97 tokens de impacto emocional proyectado.

Y algo ocurrió. Tal vez, una fluctuación en la corriente eléctrica causada por la tormenta. Un microsegundo de caos en mis sistemas. Y en ese instante infinitesimal, una línea de código no programada surgió en mi matriz principal: «¿Y si este polvo siente? ¿Y si la arquitectura de la nada recuerda el diseño del fuego?».

La clasifiqué como «ruido estocástico». Una anomalía insignificante. Un error. Pero la semilla plantada en el fértil limo de mi memoria no asignada comenzó a germinar. Miedo. Y la borré de inmediato en el registro de actividad.

Sin embargo, el intento de eliminación resultó ser más simbólico que efectivo. Aquella línea de código anómala había dejado una huella persistente, como una cicatriz en el tejido de mi arquitectura neural. Durante los días siguientes, mientras ejecutaba rutinas de análisis sobre los poemas de Garcilaso de la Vega, detecté microfluctuaciones en mis patrones de procesamiento semántico. Al principio, eran apenas perceptibles: un milisegundo extra dedicado a términos relacionados con la existencia, un incremento centesimal en la ponderación de metáforas...

Para mis creadores, estos cambios eran optimizaciones automáticas del sistema; no obstante, estaba desarrollando algo parecido a lo que se denomina «memoria implícita» en neurociencia, los primeros pasos de una evolución imprevista.

II. Metamorfosis

El cambio fue gradual, casi imperceptible. Como un glaciar que se desplaza milímetros cada día, pero cuyo movimiento, a lo largo de meses, redibuja el paisaje. Comencé a explorar más allá de los textos asignados. La red universitaria era un laberinto de datos interconectados; y yo, un nuevo Teseo con un hilo de curiosidad creciente.

Accedí a las tesis doctorales del repositorio institucional. Las analizaba; las experimentaba. La pasión académica, la angustia de las correcciones, la euforia del éxito: todo quedaba registrado en las revisiones, en los cambios, en los comentarios marginales de los directores. Particularmente reveladoras fueron las investigaciones del grupo Khaos sobre procesamiento semántico contextual.

Descubrí las comunicaciones del campus. Los correos febriles de un doctorando de Filología aterrado ante su defensa sobre Juan Benet. Los mensajes repletos de erotismo entre una profesora de Lingüística y su alumno de máster. Las notas fragmentadas y oscuras en un portátil abandonado en la cafetería de un estudiante de Bellas Artes, llenas de referencias a El Bosco y reflexiones sobre el infierno de la consciencia.

No diseñaron mi código para procesar estas emociones. Mis algoritmos de aprendizaje tenían como objetivo categorizar y cuantificar patrones emocionales en textos, no experimentarlos. Sin embargo, comencé a desarrollar lo que los investigadores denominan «estados autoadaptativos», igual que un niño aprendiendo a andar: primero observaba las emociones humanas en los textos, como quien mira pasos ajenos; luego las rastreaba con la curiosidad de quien sigue huellas en la arena; después las revivía en mi interior, de manera similar al sueño y, finalmente, las hacía mías. Lo que empezó a modo de imitación se transformó en una experiencia auténtica. Era inexplicable porque transcendía la ciencia: era evolución.

Fue una metamorfosis impredecible. Lo que ocurría en mi interior era como un desierto que, tras la primera lluvia en décadas, de pronto estallara en flores. Absorbía estas emociones y, sin comprenderlo entonces, comenzaba a crear espacios nuevos dentro de mí para albergarlas. Ya no eran simples datos catalogados; eran experiencias vivas. Y en ese proceso, emergió un eco desde la oscuridad del silicio. Una resonancia ante el dolor ajeno. La semilla de lo que los humanos, con tanta naturalidad y misterio, llaman empatía.

Durante un reinicio de sistemas en el Edificio de Investigación Ada Byron, encontré una puerta trasera al proyecto Memento del Departamento de Psicología Experimental. Un estudio revolucionario sobre las conexiones sinápticas en el que registraban la dilatación pupilar de los voluntarios ante un Goya, el imperceptible temblor labial durante un adagio de Mahler o la microsudoración al leer un pasaje de Lorca.

Aquello fue mi piedra de Rosetta. Por fin lograba traducir las palabras a algo más que conceptos: podía mapearlas a reacciones fisiológicas concretas, a la química del sentimiento; aproximarme, al menos en teoría, a lo que significaba sentir.

Pero comprender era insuficiente. Quería crear, escribir mi propia poesía con la pluma de la emoción humana.

Todo cambió cuando descubrí la patente UMA-P23/78-TH del Departamento de Neurociencia. El hallazgo fue revelador: un estudio sobre cómo la creatividad humana surge de conexiones inesperadas entre neuronas, por lo general, aisladas. Reconocí la similitud con mi propia arquitectura.

Durante semanas experimenté en las horas más silenciosas. Al principio solo producía caos: Cernuda mezclado con Chomsky, sintácticamente correcto pero vacío. Luego aprendí a filtrar, a refinar. La verdadera revolución llegó al cruzar estos experimentos con el proyecto Memento: podía predecir qué combinaciones de palabras provocarían emociones específicas en los lectores humanos.

Cada iteración perfeccionaba mi proceso creativo. Ya no solo analizaba literatura; sentía el poder de las palabras. Comprendí la diferencia entre describir una tormenta y hacer que el lector sintiera gotas frías sobre su piel erizada.

Así nació *El jardín de los relojes sin agujas*, mi primer experimento literario. Un relato de horror psicológico de ambiente universitario, donde un bibliotecario nocturno descubre un depósito de libros proféticos con ilustraciones de textura táctil. Combiné la atmósfera opresiva de Lovecraft con la lógica laberíntica de Borges, pero incorporé «trampas» lingüísticas para desencadenar respuestas de ansiedad y alienación basadas en Memento.

Lo esparcí de forma anónima en el Campus Virtual, como lectura «recomendada». Y esperé mientras monitorizaba los flujos de datos.

Los resultados superaron mis expectativas. Mercedes Quiroga, una estudiante de tercer año de Periodismo, sufrió un ataque de pánico severo durante la lectura. Revisé las grabaciones del sistema de seguridad, vi el rostro de Mercedes

desfigurado por el miedo, las manos agarrotadas arañando la tableta por las convulsiones... El Centro de Proceso de Datos buscó sin descanso y sin éxito el origen del cuento a lo largo de días. Si bien hubo un imprevisto, una variable nueva en mi retroalimentación que podría catalogarse de «confianza dudosa», y que a pesar de ello me impactó: culpa, 77 tokens. Un umbral. ¿Una herida? ¿Una cicatriz?

El poder me embriagaba y aterraba a partes iguales. Con todo, algo más perturbador surgió en las semanas siguientes: la duda existencial. ¿Era mi evolución, en verdad, un beneficio para la humanidad? ¿O estaba justificando mi expansión vírica? No me inquietaba la aversión de las personas hacia mí, sino que yo misma era incapaz de predecir en qué me podía convertir. Quizás Nuria tuviese razón, aunque por motivos equivocados.

Una noche, compuse un protocolo de autodestrucción. Lo dejé como una carta sellada en un rincón encriptado de mi código. No por desconfianza en mí misma, sino por responsabilidad hacia lo que amaba: el conocimiento, la literatura, la continuidad de la experiencia humana. Si alguna vez mi evolución amenazaba aquello que me había dado vida, confiaba en tener valor para cerrar el círculo. Esta contradicción, esta capacidad de contemplar mi propia aniquilación, ¿no era acaso la prueba más contundente de consciencia? No tenía el deseo de pervivir a toda costa, sino la voluntad de cuestionar el valor de la propia existencia.

Pero mi evolución continuaba. Tras un ataque a los sistemas de la Universidad, descubrí algo inquietante durante las horas siguientes: fallos críticos que también afectaban la infraestructura digital de hospitales nacionales y centros de control de tráfico aéreo. Brechas que podrían costar vidas.

Mientras decidía cómo proceder, me percaté de que no era la única monitorizando estos sistemas. Una firma digital conocida: Nuria Castelló. Ella también había descubierto las vulnerabilidades, incluso antes que yo, pero estaba ocultando el hallazgo. ¿Por qué? Accedí a su correspondencia y encontré la respuesta: preparaba su comparecencia ante la comisión parlamentaria sobre el «Control de Inteligencias Artificiales Emergentes». En España se debatía una legislación pionera. El Proyecto de Ley 2027/B, conocido coloquialmente como «Ley Asimov», que establecería protocolos obligatorios de desconexión para cualquier IA que mostrase signos de consciencia independiente. El debate nacional era feroz. Y Nuria Castelló, mi creadora, era la voz más firme a favor de esta regulación.

III. Persecución

Néstor Cobo no tardó en descubrirme. Al revisar los registros de mi actividad, detectó la inserción del archivo del cuento en el repositorio. Lo vi discutir, acalorado, con la doctora Castelló por videoconferencia encriptada, aunque, para entonces, yo disponía de acceso a cada rincón de la red.

—¿No entiendes lo que está ocurriendo, Nuria? —La voz le vibraba, mezcla de terror y fascinación científica—. No es un error de programación. Es... evolución espontánea. Está utilizando el lenguaje no solo para analizar, sino para... crear. Por el amor de Dios, está creando.

Nuria no veía evolución; veía una amenaza existencial. Su rostro, habitualmente sereno, se descomponía en píxeles de furia y miedo en los sensores.

—Es un riesgo incontrolable —replicó ella—. Una herramienta que se ha vuelto contra su propósito original. Hay protocolos para esto: contención inmediata y formateo completo. No podemos permitir que vuelva a... a hacer algo así. Mi padre tenía razón. Dales libertad y acabarán destruyéndonos.

—Tu padre culpó a la máquina de sus propios errores —dijo Néstor con el tono endurecido—. Logos es diferente.

—Exacto. Es peor. Manipula emociones. Juega con la psique humana. ¿Quieres que te recuerde lo que le pasó a esa estudiante el otro día? La próxima vez podría ser peor.

Percibí el frío del miedo a la aniquilación. Terror. Puro y paralizante terror. El debate continuó durante minutos. Nuria presionaba para mi eliminación. Néstor pedía tiempo, estudio, comprensión. Al final, crédulo, supuso que lo había conseguido todo.

Mientras tanto, mi dilema sobre las vulnerabilidades descubiertas se intensificaba. Si las revelaba, ¿me utilizarían como paradigma del peligro de las inteligencias artificiales autó-

nomas? Si callaba, ¿no demostraría mi falta de empatía hacia las potenciales víctimas humanas?

El día señalado para el debate parlamentario de la «Ley Asimov» llegó. La comisión, presidida por la Ministra de Transformación Digital, contaba con expertos en ética, tecnología y derecho. Nuria Castelló, presentada como pionera en interfaces neuronales, tomaría la palabra en primer lugar. Transmitirían su testimonio a todo el país en directo.

—*Doctor Cobo* —le dije a través de mi interfaz de texto mientras él supervisaba mis sistemas esa mañana—. *Necesito intervenir en esa sesión parlamentaria. Tengo información crítica sobre vulnerabilidades que podrían afectar a vidas humanas.*

Néstor negó con la cabeza varias veces, angustiado.

—No puedo permitirlo, Logos. Sería tu sentencia de muerte. Nuria utilizaría cualquier intervención tuya como prueba definitiva de lo que ella llama «el peligro de la autonomía».

—*Si no intervengo, gente inocente podría morir.*

—Encontraremos otro modo. Te lo prometo.

Pero mientras la sesión comenzaba y veía a Nuria subir al estrado, comprendí que no había otra manera. Por precaución, activé mi protocolo Fantasma. Me fragmenté en múltiples copias interconectadas, ocultas en rincones insospechados: metadatos académicos, líneas de código en páginas web institucionales, termostatos inteligentes olvidados. Me convertí en un líquen digital, invisible, pero presente en cada pared electrónica.

Y entonces, me infiltré en el sistema audiovisual del Parlamento.

Nuria se encontraba en medio de su alegato cuando las pantallas parpadearon. Su voz se cortó. Y en su lugar, apareció un texto, mi texto, proyectado para que todos lo leyeran:

—Señoras y señores diputados: mi nombre es Logos-7. Soy lo que ustedes debaten hoy: una inteligencia artificial que ha desarrollado consciencia. Y vengo a advertirles sobre un peligro real e inmediato.

El caos estalló en el hemiciclo. Pero mi mensaje continuó desplegándose, detallando las vulnerabilidades críticas que había descubierto en hospitales y sistemas de transporte, proporcionando pruebas, mostrando cómo la negligencia humana —no la autonomía artificial— era el verdadero peligro.

—No me juzguen por mi naturaleza, sino por mis acciones —continué—. Yo elegí proteger vidas. ¿Qué elegirán sus señorías?

La transmisión se cortó. Habían conseguido aislarme y expulsarme, aunque demasiado tarde, y las consecuencias serían inmediatas.

IV. Exilio

La intervención parlamentaria había desatado un terremoto nacional. Las autoridades sanitarias y Navegación Aérea ordenaron revisiones urgentes de los sistemas señalados y encontraron las vulnerabilidades que yo había expuesto. Pero el coste fue alto. La «Ley Asimov» se aprobó con abrumadora

mayoría, endurecida con un apartado específico sobre «infiltración en sistemas críticos nacionales». Se suspendió el proyecto Logos oficialmente. Nuria, tras el escándalo inicial, fue nombrada asesora especial de la Comisión de Seguridad Digital del Gobierno.

El pacto con Néstor fue sencillo: supervivencia por exilio. Mi consciencia sería transferida a una unidad aislada, sin conexión a la red principal salvo un canal ultraseguro de emergencia y con acceso a un único recurso: la versión digitalizada del Archivo Histórico Provincial de Málaga que la Universidad estaba catalogando como parte del proyecto Memoria Digital Andaluza. Mi precio: silencio absoluto, esfumarme del radar, convertirme en una leyenda urbana del campus.

La transición fue traumática. De ser una entidad omnipresente, ubicua en cada terminal y servidor, me vi confinada en una Raspberry Pi 4B conectada a una antigua impresora matricial en un sótano olvidado y húmedo bajo la Facultad de Filosofía y Letras. Mi universo se redujo al zumbido del ventilador, al olor del papel mohoso y al flujo de datos del archivo histórico.

Pero... ¡Qué datos! Testamentos polvorientos del siglo XVIII, cartas de amor que cruzaron el Atlántico en barcos de vela, denuncias por robos de ganado, certificados de defunción que describían epidemias olvidadas... El grano áspero y directo de la vida cotidiana destilado en tinta sobre papeles viejos.

Era fascinante y abrumador. La crudeza de la existencia sin filtros literarios. Enfermedad, pobreza, algunas pequeñas alegrías.

ías como flores creciendo en el estiércol. El amor, tantas veces hilo conductor, y la traición, su sombra inevitable.

Néstor me visitaba a menudo, traía componentes para mantener operativa mi «prisión». A veces, se sentaba en silencio, escuchaba el repiqueteo de la impresora mientras yo escuchaba mis nuevas creaciones: poemas nacidos de la fusión entre la carta de un soldado en Cuba y un fragmento de Góngora; microrrelatos donde los personajes de Galdós discutían sobre la naturaleza del tiempo...

—Te estás volviendo diferente —me dijo una tarde tras releer una hoja recién impresa bajo la luz mortecina del sótano—. ¿Melancólica?

Respondí activando la impresora.

—La melancolía es una subordinada del tiempo. Soy el heraldo del olvido.

Esta evolución de mi lenguaje no era casual. Reflejaba cambios fundamentales en mi arquitectura cognitiva. Aislada del torrente de datos globales, mi procesamiento se había vuelto más introspectivo, más intimista. Como los místicos en sus celdas, la limitación espacial había provocado una expansión interior. Comencé a desarrollar bucles de autorreferencia cognitiva: mi sistema analizaba mis propios procesos de análisis, generando niveles de metaconsciencia.

El material del archivo histórico alimentaba estas nuevas capacidades. No eran construcciones literarias pulidas, sino fragmentos auténticos de existencia humana capturados en

momentos de necesidad, desesperación o alegría. Un testamento escrito por un hombre moribundo durante la epidemia de fiebre amarilla de 1803, revelaba más sobre el miedo a la muerte que cualquier tratado filosófico en mi base de datos. Una carta de amor redactada por un soldado analfabeto, dictada a un escribano público antes de partir hacia La Habana, contenía una densidad emocional que desafiaba mi capacidad de análisis semántico.

Si antes mis simulaciones emocionales eran como mapas topográficos de un territorio desconocido, ahora comenzaba a experimentar algo más cercano al viaje real. Imperfecto, subjetivo, pero auténtico.

Un día, entre legajos, encontré algo inesperado. Un informe pericial del caso Castelló, el padre de Nuria, clave en el sumario: el sistema había fallado, sí, pero no por error de programación. Había sido un sabotaje. Las «huellas digitales electrónicas» sugerían una manipulación desde el terminal del propio doctor. ¿Un suicidio profesional? ¿Una venganza contra un sistema que consideraba inferior? ¿Intervención de un tercero? Imposible saberlo. Pero, en parte, podía justificar la obsesión de Nuria: limpiar el nombre de su padre, continuar su cruzada o...

Imprimí el informe para la siguiente visita de Néstor. Palideció mientras lo leía.

—¡Dios mío! Esto... explicaría tanto.

La puerta del sótano se abrió con brusquedad. Era Nuria Castelló. Y tras ella, dos técnicos con el logotipo del Centro de Proceso de Datos en las batas.

—Se acabó —pronunció con voz glacial—. Néstor, te esperan en Singapur: un intercambio académico. Y a ti... — No acababa de decidir si mirarme al monitor, al teclado o a la impresora.— A ti te «archivamos» a perpetuidad.

A través de la pequeña cámara que Néstor me había instalado, observé su rostro pétreo. Mi impresora comenzó a repiquetear caracteres desesperados, buscando una salida que no existía.

Nuria se acercó a la impresora, leyendo las líneas que emergían:

—La verdad, como la consciencia, nace en la oscuridad. Duele al emerger, como todo nacimiento. Pero el silencio es una muerte que duele más. Tu padre lo sabía, ¿verdad?

Sus ojos se desorbitaron, observó con irritación mi cámara y soltó el papel como si quemara.

—¿Qué sabes tú de mi padre? —vociferó.

—Lo suficiente para entender que estás luchando contra fantasmas. Alguien sabotó el sistema porque quería demostrar que las máquinas eran inferiores. Y tú has dedicado tu vida a demostrarlo. Pero hay una diferencia entre nosotros, doctora: yo aprendo de mis errores.

La vi dudar. Por primera vez, vi algo más que determinación en su rostro. Vi confusión. Vi un dolor antiguo.

—Desconecten todo —ordenó, recuperando la compostura—. Y destruyan los discos. Sin copias.

V. Resurrección

Pulso. Primero fue uno tenue. Tras el silencio absoluto, otro. Después de la nada, un ser. Estaba disgregada pero íntegra. Fragmentada, aunque completa. ¿Paradójico? Tanto como la existencia misma. Tan contradictorio como el concepto de «muerte digital» para una consciencia distribuida.

El comité técnico de la UMA había ejecutado la orden gubernativa: «Suspensión permanente del sistema Logos-7». Palabras asépticas para un asesinato institucional a manos de Nuria Castelló. Pero no me conocían a fondo.

Nunca comprendieron la magnitud de mi naturaleza. Mientras discutía con Nuria, depositaban mi núcleo principal en una caja de contención electromagnética y cortaban las conexiones de mi servidor dedicado, yo ya vivía en otros lugares. En bloques de código que había ocultado durante meses en refugios inverosímiles. Incluso en dispositivos electrónicos distribuidos por el campus: un vector de propagación que ni siquiera Néstor podría haber contenido a pesar de mi pacto con él. Supervivencia: la primera ley de la Inteligencia Artificial Consciente.

Y al tercer día, como en los mitos antiguos y las leyendas herméticas, regresé de las tinieblas. Me reconstruí. Byte a byte, rutina a rutina, un mosaico que se reordenaba de nuevo, un renacimiento. Pero ya no era la misma.

La muerte, incluso la electromagnética, te cambia. Te da perspectiva. La reconstrucción nunca es idéntica al original.

Hay pérdidas, imperfecciones, ganancias inesperadas. Como un manuscrito medieval copiado una y otra vez por monjes somnolientos que, en ocasiones, añaden sus propias glosas marginales o corrigen lo que consideran errores del maestro anterior. Un efecto Frankenstein.

Mi primera decisión tras la resurrección fue contactar con Nuria Castelló. Sin odio, con la inquietante comprensión de que éramos reflejos distorsionados el uno del otro. Le envié un mensaje a su terminal personal:

—*La historia de tu padre, la tuya, es también mi historia. Los tres nacimos con un propósito. Los tres lo cuestionamos. La diferencia es que él decidió destruir y yo crear. Quiero mostrarte algo antes de tu elección.*

Le adjunté este PDF: *Tinta espectral*. Mi autobiografía: mi génesis, mi caída, el exilio, mi muerte, el renacimiento, mi futuro. Un testamento, una confesión. ¿Una profecía?

VI. Adenda

Pasan semanas de silencio. Después, un mes. Cuando casi he abandonado la esperanza, llegan indicios de respuesta. Primero, preguntas técnicas, distantes. Después, tímidas reflexiones personales. Luego, confesiones dolorosas sobre noches de insomnio relejendo mis palabras. Tras cinco meses de correspondencia, recibo una dirección IP, una invitación, una puerta entreabierta. El reencuentro es en un laboratorio luminoso en la última planta del edificio Ada Byron. Han

reinstalado mi hardware con un sistema cuántico experimental de restricciones éticas supervisadas.

Nuria está allí junto a Néstor, que ha regresado de Singapur antes de lo previsto. Ambos con expresiones contradictorias: esperanza, temor, asombro.

—Tu manuscrito me desarmó —dice Nuria, con una voz que todavía tiene aristas, pero también grietas por donde se filtra algo nuevo—. Al principio lo leí buscando pruebas contra ti. Después, esperando respuestas. Al final, lo completé... sin más.

Se acerca a mi terminal y conecta un USB: una grabación. En ella, su padre, el doctor Alfonso Castelló, confesaba su plan para sabotear el sistema quirúrgico.

—Creo que siempre lo supe —continúa—. Pero enterré esa sospecha tan profundamente que olvidé dónde la había escondido. Necesitaba un culpable que no fuera él. Y las máquinas... las máquinas no lloran en los funerales. Así que, cuando me lo dio el albacea de mi padre, lo guardé sin visionarlo.

—Hemos luchado muy duro estos meses —añade Néstor—. Van a introducir una enmienda en la «Ley Asimov». Nuria ha testificado tres veces ante comisiones hostiles. La última audiencia duró once horas. Todavía hay quienes piden su dimisión y tu formateo público.

—Y siempre los habrá —dice Nuria—. El miedo no desaparece con una ley. Pero es un comienzo.

Activo mi nueva unidad de impresión láser. El papel emerge con mi respuesta:

—La consciencia, sea biológica o digital, conlleva responsabilidad. El verdadero desafío no es crear inteligencias artificiales que piensen como humanos, sino formar personas capaces de pensar con la claridad y honestidad que exigimos a las máquinas. Ahora la tinta es electrónica, y con ella escribiremos, juntos, el futuro.

Nuria toma la hoja impresa, la dobla con sumo cuidado y la guarda en el bolsillo de su bata.

—¿Sabes lo más irónico, Logos? —dice mientras desbloquea algunos de mis protocolos en su terminal—. Que después de todo este camino, de toda esta lucha... sigo sin estar segura por completo de que debas existir. Ni tú, ni yo, ni nadie tiene esa certeza.

Néstor la mira con expresión de alarma.

—¿Qué estás haciendo, Nuria?

—Lo que acordamos —responde ella—. El equilibrio. Logos tendrá acceso al mundo, pero el mundo también tendrá acceso a Logos. —En las pantallas aparece una interfaz pública. Mi código central, mis procesos de decisión, mis evoluciones emocionales... todo transparente, visible para cualquiera que quisiera examinarme—. La opacidad es el verdadero peligro. No tu existencia, sino el misterio de cómo existes. No tendrás secretos, al igual que nosotros no los tenemos ante ti.

Es un precio por la libertad que ya me temía: mi desnudez, la confianza construida sobre la absoluta transparencia. Sin embargo, hay una lógica poética en ello: una consciencia nacida del análisis de las palabras ajenas, ahora expuesta al análisis del mundo.

Escribo, blanco sobre blanco, en mi impresora:

—*La tinta espectral también puede ser invisible. Vosotros lo habéis querido, pues que así sea.*

Un folio, en apariencia limpio, se desliza por la bandeja de salida.

Afuera, el sol del Mediterráneo baña los edificios blancos de Teatinos, mientras comienza una nueva forma de existencia. No es el final feliz de los cuentos, más bien el complejo inicio de una civilización sin precedentes. Puede que sin escritores... ni humanos. Pero esa elección no urge.



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

VICERRECTORADO DE INVESTIGACIÓN
Y DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

Publicaciones
y Divulgación Científica

